Un paso adelante, sin perder de vista lo esencial

Jaime Caycedo Turriago

Antropólogo,
Ph.D. en Filosofía

Con la elección de J. M. Santos el sistema necesita clarificar su propio rumbo en las fronteras de una crisis mundial en curso y los asomos de un desplome de su proyecto hegemónico nacional. La composición electoral que hizo posible el primer gobierno de Juan Manuel Santos se apoyaba en una extensa base política uribista. Ahora, Santos logra la reelección con el apoyo consciente y condicionado de la mayoría de la izquierda. Este fenómeno no tiene antecedente en la historia colombiana y, en consecuencia, es necesario examinar algunas de sus características en el contexto coyuntural existente.

Ante todo, hay un apoyo explícito a un proceso de solución política, no obstante estar enmarcado en una política de guerra contrainsurgente sin cese al fuego con la que el régimen busca imponer una forma de paz sin democratización ni reformas sociales de fondo. En sentido estratégico esta situación sería incomprensible si no mediaran las treguas unilaterales, conjunta de las FARC y el ELN el 25 de mayo y la de las FARC el 15 de junio, pero en particular el acuerdo en la mesa de La Habana de los puntos para abordar el tema de víctimas. Estos gestos demarcaron una favorabilidad inequívoca en apoyo al diálogo como elemento decisivo en la disputa por la paz.

En segundo lugar, señala una intromisión de las fuerzas comprometidas en la lucha por la solución política en las posiciones disímiles de dos facciones de la clase dominante para respaldar a la que representa

una mínima oportunidad de hacer progresar el camino de un acuerdo de paz.

En tercer lugar, hace explícita una táctica de aprovechar y profundizar las diferencias de los sectores dominantes para blindar un proceso considerado inicialmente por el propio Santos como aleatorio y descartable. Este paso táctico ha sido visto desde el plano exterior, particularmente desde América Latina, como la opción más razonable frente a la contraofensiva de la ultraderecha y sus intentos de desestabilización y "golpes institucionales".

Hay quienes opinan en la izquierda que el tránsito de la guerra a la paz no es el problema más complejo y crítico de la sociedad colombiana. Desde la posición de una izquierda que alega 'no haberle declarado la guerra a nadie' (¡!), como si los demás si lo hubieran hecho en un reto arbitrario y aventurero al régimen dominante, simplifican e invisibilizan la antidemocracia y el terrorismo de Estado en tanto componentes del modelo económico y social en que se sustenta el sistema. Con esa lógica subestiman el factor de la guerra contrainsurgente como parte de la política de clase contra el pueblo, con su enorme costo humano, social, económico, en pérdida de soberanía y también en degradación de los derechos y libertades democráticos. Al renunciar a la distinción de posturas y políticas que justificaran el voto en defensa del proceso de diálogo para la paz pierden de vista la perspectiva de aliados y adversarios en un contexto de relaciones de fuerza en trance de reconfigurarse.

http://www.semana.com/Especiales/proyecto-victimas/galerias/masacres/images/14.jpg

Amigos y enemigos

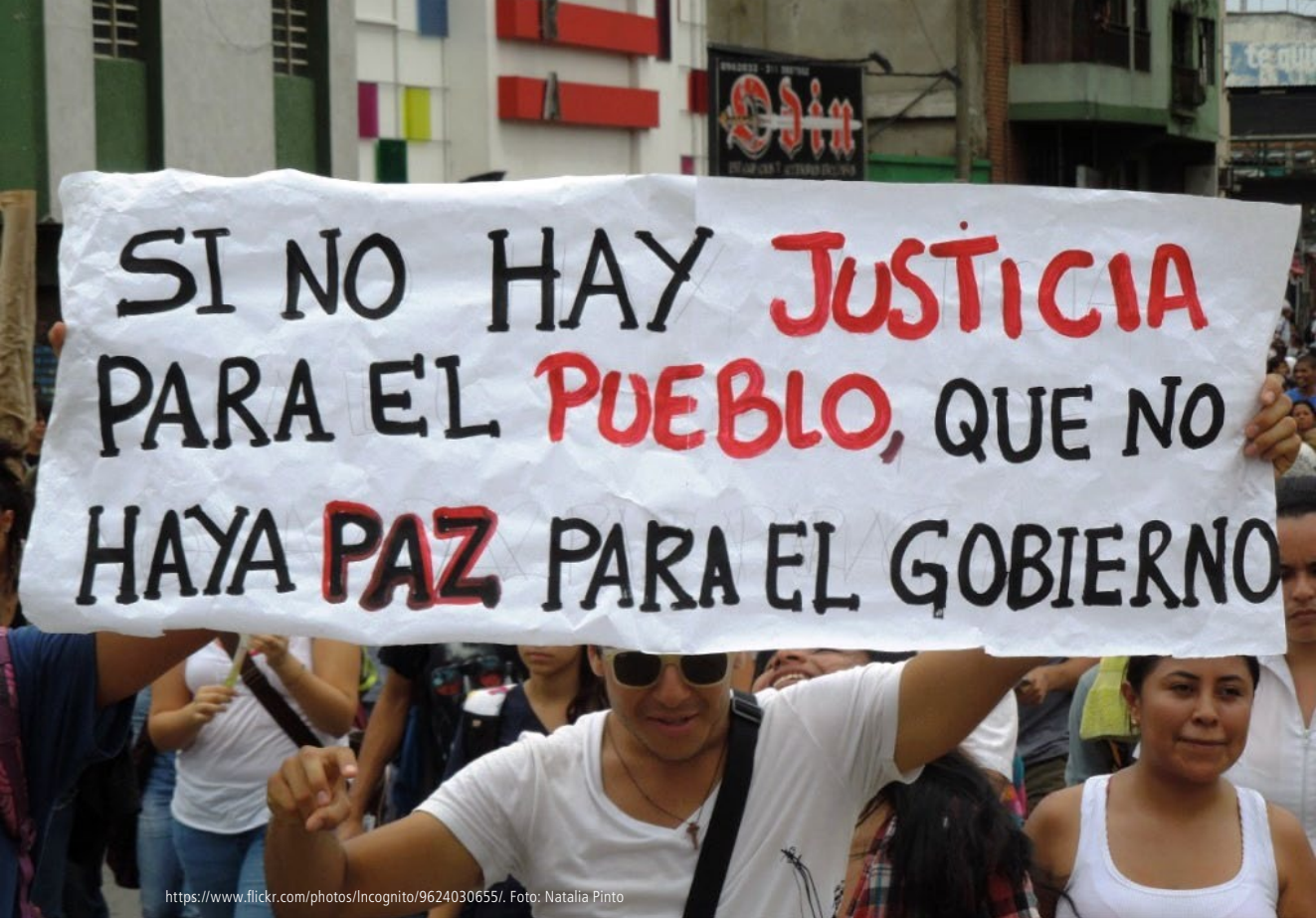
El resultado del 15 de junio ha especificado más claramente dónde está el enemigo principal y cuál es el riesgo principal del proceso, sin perder de vista la dura batalla social y política del campo popular con la política de clase, antidemocrática y proclive a las concesiones a la extrema derecha que representa la fracción santista de la gran burguesía colombiana. En esa identificación precisa se condensa la posibilidad

> La lucha por la paz adquiere una nueva legitimidad, de cara a los sofismas satanizadores del militarismo y la derecha en el poder. La vigilancia y la movilización popular están a la orden del día. Las banderas de cese al fuego bilateral, cese de bombardeos en regiones agrarias, fin a los falsos positivos, reconocimiento y liberación de los presos políticos, garantías para las expresiones de la inconformidad popular, están vigentes. Lo mismo, la lucha por las reformas política y electoral, el estatuto de la oposición y las reformas agraria, laboral, de la salud y de la educación.

de aislar el factor principal de la guerra y fragmentar simultáneamente la base del bloque de poder dominante. Santos gobernará con una fuerte presión de su propia clase en términos de su modelo social neoliberal y de los poderosos factores guerreristas incrustados en el poder económico y en el Estado. Por eso, su victoria electoral no atenúa la contradicción entre los sectores dominantes, que pretenden perpetuar con la guerra sus odiosas fuentes de enriquecimiento, y el grueso de la sociedad que anhela una solución política para poner fin al drama de la guerra contrainsurgente.

La composición de fuerzas que respaldó a Santos desde la izquierda, el movimiento social y la opinión temerosa del retorno de Uribe reclaman posiciones firmes frente a las actitudes revanchistas, el andamiaje paramilitar cogobernante sobre todo en los niveles regionales, las amenazas y crímenes contra la oposición democrática. El derecho a la crítica, a la protesta popular, a la recuperación de tierras usurpadas, a la movilización y la defensa de la vida debe ser protegido frente a toda vulneración por agentes estatales o paraestatales. La lucha contra el fascismo y las manifestaciones del terrorismo de Estado continúa vigente.

El "uribismo" es aún una poderosa fuerza caudillista enquistada en el Estado, no sólo como un fenómeno electoral que intenta llenar los espacios de la oposición a Santos. Su derrota en la presidencial deja en pie su bloque parlamentario y su propósito de obstaculizar los esfuerzos por establecer una auténtica política de paz de Estado, así como su apetito por el copamiento de los gobiernos regionales en 2015 con el apoyo de sus aliados en el latifundismo y las mafias narcoparamilitares. Es un resumen de toda la antidemocracia histórica: del militarismo, de la escoria más putrefacta del gran capital financiero, del bipartidismo, del latifundismo, del capital transnacional y las mafias postmodernas del neofascismo yuppy. Por eso insistimos en que el peligro más característico en Santos es su tendencia a conciliar con esa ultraderecha en sus propuestas más regresivas.



https://www.flickr.com/photos/Incognito/9624030655/. Foto: Natalia Pinto

La lucha por la paz adquiere una nueva legitimidad, de cara a los sofismas satanizadores del militarismo y la derecha en el poder. La vigilancia y la movilización popular están a la orden del día. Las banderas de cese al fuego bilateral, cese de bombardeos en regiones agrarias, fin a los falsos positivos, reconocimiento y liberación de los presos políticos, garantías para las expresiones de la inconformidad popular, están vigentes. Lo mismo, la lucha por las reformas política y electoral, el estatuto de la oposición y las reformas agraria, laboral, de la salud y de la educación. Es más, se legitiman con mayor fuerza las exigencias al gobierno frente al proceso de diálogo de paz, las reivindicaciones sociales, agrarias y laborales y las reformas políticas democráticas.

Un bloque creciente en favor de la paz

En la diferenciación con el Gobierno sobre los contenidos y carácter de la paz necesaria en las condiciones actuales de Colombia y de América Latina se ha venido conformando un bloque de fuerzas heterogéneo, diverso y en algunos aspectos contradictorio, en el que convergen las aguas de la descomposición del uribismo con las nuevas fuerzas dinámicas que se están acercando en apoyo a la solución política. No se trata de un proceso simplista de actitudes intercambiables, efecto solo de los oportunismos electorales sino de un tránsito de posiciones en dinámica hacia nuevas configuraciones y reagrupamientos. Su base social es igualmente heterogénea, con predominio de los sectores medios urbanos, un apoyo

creciente del campesinado, los indígenas y afros, una postura escéptica pero no necesariamente negativa de sectores de la burguesía rural y un despliegue afirmativo en la intelectualidad y la cultura.

Este bloque pro paz no es automáticamente un Frente amplio. En él convergen sectores cercanos al Gobierno, independientes de centroizquierda y la izquierda comprometida con la solución política para una paz democrática con justicia social. Este conglomerado de vertientes puede desempeñar un importante papel en las exigencias al nuevo Gobierno en el marco del debate sobre sus medidas que tienden a escamotear los reclamos populares y a hacer más regresivos los proyectos hacia la postguerra.

Para burlar tales exigencias, Santos intenta revestir su modelo continuista con el ropaje de la Tercera vía, argumento totalmente desgastado con la suposición de ser una posición intermedia entre el capitalismo y el socialismo, entre la "economía de mercado y el castrochavismo", lo que no ha pasado de ser ensayos fracasados de neoliberalismo social que edulcoran las preocupaciones doctrinales del Banco Mundial en torno a la acción frente al acrecentado fenómeno de las desigualdades sociales, otro efecto de la crisis capitalista mundial en desarrollo. Tony Blair, apólogo de la presunta existencia de arsenales químicos para justificar la invasión a Irak, y Clinton, bajo cuyo Gobierno se urdió el Plan Colombia de intervencionismo militar, hacen parte del fresco en el que Santos pretende uncir el país a los planes de la OTAN para Latinoamérica como complemento de la Alianza del Pacífico. Esto representa la mayor subordinación de Colombia a la política exterior de Estado Unidos y una más grave instrumentación del país por Washington con relación a los vecinos.

Hacia un frente amplio por la paz con justicia social

La formulación de un Frente amplio por la paz con justicia social implica la necesidad de un diseño diferente de país y, en consecuencia, un diseño diferente de paz frente a las estrechas limitantes de Santos. Al modelo de la Tercera vía tiene que contraponerse un proyecto democrático, pluralista e incluyente de sociedad y de Estado que entre a resolver la profunda deuda social de las desigualdades y la no menos profunda deuda democrática de los genocidios, la exclusión y la desigualdad política. Si la búsqueda de la paz es el punto crítico del momento, el proyecto democrático la concibe blindada de garantías, de libertades, de plenitud de derechos y de reformas sociales ineludibles: agraria, territorial, de la salud, de la educación, del sistema electoral y de partidos, del estatuto

http://hijosenbogota.blogspot.com/p/galeria-fotografica.html

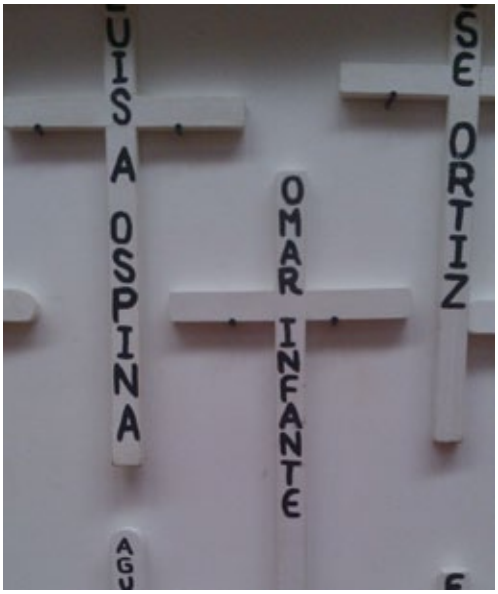
de la oposición. Un Frente amplio tiene que plantearse la paz y la postguerra en la perspectiva de un cambio fundamental en el poder, en la perspectiva de devenir en un sujeto de transformaciones, en una perspectiva de revolución democrática.

Por eso el Frente amplio debe plantear con claridad su plataforma de compromisos en el acompañamiento al diálogo para la solución política, a los movimientos sociales, agrarios y etnosociales y a las reformas que abran los espacios a la intervención política independiente del pueblo en las decisiones del Estado. Esa plataforma es el equivalente civil, ampliado, a los contenidos de la Agenda de 6 puntos que se discute entre el Gobierno y la guerrilla en Cuba, que tendría su referente democrático en la movilización popular de masas y en el amplio debate nacional. Por eso el Frente amplio debe estar abierto a la construcción de un proceso constituyente, sin perder de vista la presencia política unitaria en las elecciones locales de 2015 y la necesidad de trabajar desde ya la perspectiva de un gobierno democrático, pluralista e incluyente para la paz y la reconciliación en 2018.

Hemos hablado de un Frente amplio de movimientos y procesos, de fuerzas políticas y sociales, de corrientes culturales e intelectuales en convergencia, unidad de acción política y movilización de masas. Para la izquierda representaría un movimiento en construcción con miras a ganar en amplitud hacia lo popular. Propugnamos avanzar en su desarrollo desde lo regional y local. La tarea no es erigir un nuevo partido político electoral, atado a las características limitantes que impone la normatividad de la "democracia gobernable". Hay que convenir nuevas formas de trabajo e iniciativas que contribuyan a la generación de confianza política, fraternidad y discusión unitaria para superar la prepotencia y el sectarismo que intentan de nuevo convertirse en obstáculo a la unidad.

La experiencia de la convergencia y de la unidad gana nuevos elementos. Se han abierto nuevos espacios y surgido nuevos interlocutores en la perspectiva del Frente amplio por la paz con justicia social. Su fuerza solo puede estar en la movilización popular organizada y combativa.

La composición de fuerzas que respaldó a Santos desde la izquierda, el movimiento social y la opinión temerosa del retorno de Uribe reclaman posiciones firmes frente a las actitudes revanchistas, el andamiaje paramilitar cogobernante sobre todo en los niveles regionales, las amenazas y crímenes contra la oposición democrática. El derecho a la crítica, a la protesta popular, a la recuperación de tierras usurpadas, a la movilización y la defensa de la vida debe ser protegido frente a toda vulneración por agentes estatales o paraestatales. La lucha contra el fascismo y las manifestaciones del terrorismo de Estado continúa vigente.



hhttp://www.traslacoladelarata.com/2014/07/03/los-ojos-de-la-tragedia